

engañar a cambio de que los demás finjan no conocer nuestros engaños. Lo único que exigimos es que se haga bien la comedia. Como en el teatro, aplaudimos en la vida al cómico que desempeña con arte su papel.

Esta ficción, que se manifiesta en el vestir, en el hablar, en lo que se escribe..., en todo cuanto es exterioridad, sujetándonos a un patrón preestablecido, encerrándonos en un molde inquebrantable, anula todo movimiento espontáneo, recorta todo afecto, mutila toda pasión y convierte la sociedad en algo parecido a esos jardines, «hijos míseros del arte», en que las líneas de una geometría tiránica cercenan sin piedad las galas exuberantes de la naturaleza.

Víctor Hugo, en su *Piedad suprema*, compadecía a los reyes, esclavos de la razón de Estado; en estas épocas de democracia todos los hombres, sin duda porque somos reyezuelos, estamos sujetos a esa ley del bien parecer, que es tan tiránica como la que esclaviza el libre albedrío de los soberanos. ¿Sentimos el alma desgarrada? Pues hay que ocultar nuestra angustia bajo la máscara de la sonrisa: el dolor afea. ¿Nos invade el corazón la alegría? Disimulémosla; toda expresión sincera de nuestros afectos es de mal gusto. No nos indignemos, no nos dejemos llevar jamás de nuestros impulsos por nobles y generosos que sean: la corrección, el bello gesto, el morir graciosamente, esa es la consigna. Lo que de estos preceptos se aparta, es objeto de burla, de tal suerte, que al arrebatado oratorio llamamos declamación; a la sensibilidad, sensiblería; a lo delicado, pueril; a la indignación, brutalidad.

Han pasado ya los grandes triunfos de la oratoria; la palabra de fuego que arrastraba a las multitudes, la grandilocuente imagen, el apóstrofe ciceroniano, son vejezes olvidadas. Veneno en vaso dorado es la oratoria que más se ensalza; el eufemismo y la perifrasis se emplean para lanzar los más sangrientos agravios, y no es ya el perfecto orador el *vir bonus dicendi peritus* de otros tiempos, sino aquél que más

injurias sabe encerrar entre las suavidades de lenguaje de una retórica «felina». En las relaciones todas de la vida, alardes de sentido moral, traer siempre en los labios protestas de virtudes cívicas y de rectitud catoniana, mas, por debajo de esta dorada superficie, ausencia total de sentimientos generosos. En el fondo, lucha desesperada para alcanzar las satisfacciones del egotismo, pero sujeta esta lucha a las reglas de una esgrima implacable y ceremoniosa, semejante a la de esos lances de honor en que dos adversarios que van a batirse a muerte, se saludan con afectada cortesía.

El arte, en sus diversas manifestaciones, ni apasiona ni interesa. El idilio, ¡qué simple! El drama, ¡qué espeluznante! La novela trascendental, ¡qué pesadez! Lo que hace reír, lo que no preocupa el pensamiento, lo que no trae ni violentas sacudidas al corazón, ni lágrimas a los ojos, ni graves meditaciones a la mente... Eso es lo que impera. Nada de escuelas, ni de cenáculos, ni de pasión... Todo acompasado, y todo irónico. ¡Tiempos aquellos en que una novela dividía en bandos a los lectores y en que un estreno era una batalla!...

Hoy todo ha cambiado; ni se aplaude, ni se silba; ni el entusiasmo, ni la cólera... Esto es más culto, es de mejor tono; pero es desolador para el arte. Un gran escritor lo ha dicho: «Más insensible que un corazón de granito es un corazón de palo..., y en la sociedad y en el público, por consiguiente, abundan los corazones de palo.»

A donde quiera que se vuelve los ojos se encuentra el mismo monótono aspecto de correcta frialdad. Y sin embargo, nada existe más noble que lo sincero. Felices aquéllos que no contaminados por el ambiente de convencionalismo que, como el aire, por todas partes nos rodea, ríen con la risa franca y sana del contento, o lloran con violento sollozo cuando su corazón padece. Honrado es quien lealmente manifiesta sus agravios, quien con valor llama traición a la traición, quien no oculta sus rencores, quien de